

Como hacer un comentario de texto

- **Lectura detenida del texto** (como mínimo dos veces) buscando y apuntando el significado de todas y cada una de las palabras que no entiendo.
- **Localización espacial y temporal**
 - **Territorio** (reino, imperio, etc.) en el que discurre lo acontecido en el texto.
 - **Periodo** (años o siglos) en el que discurre lo acontecido en el texto.
- **Análisis y explicación del texto**
 - Delimitar el **tema** del texto con una sola frase.
 - Desarrollar el **argumento** del texto (organizar y explicar las ideas del texto para aclararlo y hacerlo más comprensible) IMPORTANTE: No repetir lo mismo que pone el texto con palabras iguales o similares.
 - Definir la **estructura** del texto (dividir el texto en función del número de ideas que nos muestre).

Texto 1 (Tema 1)

El Imperio Romano empezó su decadencia a partir del siglo III d.C. padeciendo una larga y penosa agonía, por la incapacidad de sus emperadores. Estos no supieron controlar la crisis interna y tampoco pudieron detener las invasiones de los bárbaros.

La debilidad del gobierno romano, tuvo su origen en la mala gestión de los gobernantes, la corrupción de los funcionarios y la ambición de los generales, los cuales desataron las guerras civiles por más de un siglo.

En estas condiciones el ejército se tornó poderoso y ambicioso, eligiendo como emperadores a sus generales, y después de un tiempo lo asesinaban. Otra causa fueron las persecuciones de los emperadores contra los cristianos y la crisis social y económica.

Teodosio el último emperador romano de origen español, antes de morir dividió el Imperio entre sus hijos. Arcadio y Honorio, en el año 395 d.C. Arcadio, el mayor, gobernó el Imperio Romano de Oriente: que comprendía los territorios de Grecia, Macedonia, Turquía, Siria, Palestina y Egipto. La capital fue Constantinopla. Honorio el menor, reino en el Imperio Romano de Occidente; los territorios que en la actualidad pertenecen a Italia, Francia, España, Portugal, Inglaterra y el norte de África. La capital fue la ciudad de Milán, pero en la práctica siguió siendo Roma.

Decadencia y División del Imperio. (s.f). Recuperado de <https://mihistoriauniversal.com/edad-antigua/decadencia-division-imperio-romano/>

Texto 2 (Tema 1)

“Deseamos que todas las gentes gobernadas por nuestra clemencia profesen la religión que el divino apóstol Pedro dio a los romanos y que es la que hoy en día profesan el pontífice Dárnaso y el obispo de Alejandría Pedro, hombre de santidad apostólica. Según la disciplina apostólica y la doctrina evangélica, dicha fe dice que hemos de creer en la divinidad única del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, iguales en majestad bajo la Santísima Trinidad. Por esta ley disponemos que los que sigan esta norma sean llamados cristianos católicos. Los demás, a quienes se puede juzgar como locos, sufrirán la infamia de la herejía. Sus lugares de reunión no serán considerados como iglesias y serán destruidos tanto por la venganza divina como por nuestra iniciativa, que tomaremos de acuerdo con el arbitrio celeste.

Ordenamos, igualmente, que todas las iglesias sean entregadas a los obispos que reconozcan que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son de una misma majestad y virtud, de una misma gloria y de un mismo esplendor... Y los que disientan de la comunión de fe, tal y como antes lo hemos expresado, sean expulsados de sus iglesias como herejes manifiestos. En adelante no podrán adquirir iglesias para que el sacerdocio de la verdadera fe proclamada en Nicea permanezca puro. Después de las disposiciones dadas en esta ley no habrá lugar para maliciosas astucias.”

Expedido por Graciano Augusto, Valentiniano y Teodosio Augusto, Emperadores, el día tercero antes de las kalendas de Marzo.

ASIMOV, I., Constantinopla. El Imperio olvidado, Madrid, Alianza Editorial, 1982.

Texto 3 (Tema 1)

Sin embargo, para nosotros, llamar al reino dominado por Constantinopla Imperio Romano sería incurrir en una falsedad. A partir del 476, raras veces estuvo Roma en manos del emperador de Constantinopla, y nunca fue de nuevo centro del gobierno imperial. De hecho, durante casi toda su historia posterior, Roma constituyó un centro de oposición al imperio en Constantinopla.

¿Cómo debemos llamar, entonces, al Imperio de Oriente? Los occidentales, en siglos posteriores, lo llamaron el Imperio Griego, y hubo una época en la que el Imperio estuvo realmente limitado, en gran parte, a los pueblos de idiomas y cultura griegos. Pero esto es demasiado limitado. A veces lo formaron gentes distintas a los griegos, y sus tradiciones procedían tanto de sus herencias romanas y cristianas como de las griegas.

Podemos considerarlo desde otro punto de vista. El Imperio Romano fue llamado así porque estaba dominado por Roma. Constantinopla era quien gobernaba el Imperio de Oriente. Entonces, ¿no se le debe llamar Imperio de Constantinopla? El problema es que lo es torpe. Durante los últimos siglos se recurrió al término de Bizancio, el antiguo nombre de Constantinopla. Por esta razón el imperio bajo el dominio de Constantinopla llegó a ser llamado Imperio Bizantino.

ASIMOV, I., Constantinopla. El Imperio olvidado, Madrid, Alianza Editorial, 1982, pág.55 y 56.

Texto 4 (Tema 1)

Alrededor del 1000 a.C., un grupo de tribus no civilizada (formadas por hombres altos, de tez clara y que eran cazadores salvajes) vivían al norte y al sur de la entrada del mar Báltico, regiones que hoy constituyen Dinamarca, el sur de Suecia, Noruega y el norte de Alemania. Nadie sabe de donde procedían.

Su lengua era diferente de las lenguas habladas al este y al sur, razón por lo cual agrupamos juntas a esas tribus.

Muchos siglos más tarde, los romanos encontraron una tribu que descendía de esas tribus primitivas (y aún era bastante primitiva). Los miembros de esa tribu se llamaban a sí mismos con un nombre que a los romanos les sonaba como "germani". Posteriormente, los romanos aplicaron ese nombre a todas las tribus que hablaban la lengua de los Germani, por lo cual las llamamos tribus germánicas. [...]

En los siglos primitivos, las tribus germánicas no practicaban la agricultura, sino que vivían de la caza y la cría de ganado. Los bosques septentrionales no podían sustentar a mucha gente que viviera de este modo, y hasta cuando la población era muy escasa, según patrones modernos esas tierras estaban superpobladas.

Las tribus luchaban unas contra otras por la tierra necesaria para sustentar a la población en crecimiento, y una de las partes, naturalmente perdía. Los perdedores vagabundeaban en busca de mejores pastos y mayor caza, y así hubo un lento desplazamiento de tribus germánicas fuera de sus hogares originarias.

Gradualmente, los germanos se dirigieron al Sur y al Este, a lo largo de la costa del Mar Negro. Por el 100 a.C. habían llegado al Río Rin en el Oeste y ocupado la mayor parte de lo que hoy es Alemania.

ASIMOV, I., *La Alta Edad Media. Las edades oscuras*, Madrid, Alianza Editorial, 1982, pág.9-11.

Texto 5 (Tema 1)

Carlomagno finalmente murió en 814, a la edad (longeva para el periodo medieval) de setenta y dos años. Reinó durante cuarenta y seis años, más que cualquier emperador romano verdadero que haya gobernado alguna vez. (Augusto tenía el récord, con cuarenta y cinco años de reinado.) A su muerte el reino de Carlomagno estaba en su apogeo, en cuanto a tamaño y fortaleza; había tenido éxito casi siempre en la guerra; y, quizá sobre todo, su enorme estatura y natural dignidad le otorgaron la posición de gran rey de todos los tiempos, un rey grande y conquistador.

Pocos a su muerte podían recordar a algún otro rey, y seguramente pensaron que no aparecería pronto otro como él. Si fue así, tenían razón, pues pasarían siete siglos antes de que otro rey dominase el Occidente como lo había hecho Carlomagno. (Iba a ser otro emperador Carlos, Carlos V, pero aún él sería sólo una pálida imitación de Carlomagno.)

ASIMOV, I., *La Alta Edad Media. Las edades oscuras*, Madrid, Alianza Editorial, 1982, pág.185.

Texto 6 (Tema 1)

Era Carlomagno el tipo perfecto de guerrero franco. De gran estatura, excelente jinete, apasionado cazador, había sido educado para la guerra, por lo que su formación intelectual fue descuidada. Tuvo que instruirse por sí mismo y se rodeó de excelentes maestros, pero era ya de edad avanzada cuando aprendió a escribir y nunca manejó la pluma con soltura.

A pesar de todo ello, consciente de su importancia, fomentó la enseñanza y la cultura, para lo que creó escuelas por todo el imperio y, sobre todo, fundó la Escuela Palatina de Aquisgrán, a la que asistían su propia familia, los hijos de los nobles y, parece ser, también algunos jóvenes de las clases populares. La Escuela pertenecía a la Capilla Palatina, la iglesia del gran palacio que Carlomagno había construido en Aquisgrán, ciudad en la que residía de forma habitual su familia y la Corte. Es una bella imitación de la iglesia bizantina de San Vital de Rávena, cuyas obras fueron dirigidas por el arquitecto Otón o Eudes de Metz.

Carlomagno llevó a la Escuela Palatina los sabios más famosos de mundo occidental, como el inglés Alcuino de York, que fue la figura principal; los italianos Paulo Diácono y Pedro de Pisa; el español Teodulfo, gran poeta, que había huido de la invasión islámica y fue obispo de Orleans, y el célebre sabio Rabano Mauro, natural de Maguncia. Bajo la dirección de Alcuino de York, se corrigieron y restauraron muchos libros litúrgicos, lo que impulsó el arte de transcribir manuscritos, y se multiplicaron las bibliotecas en las catedrales y los monasterios.

Del interés que Carlomagno mostró por la enseñanza, se cuenta la siguiente anécdota: ordenó revisar los ejercicios de redacción de los alumnos y se observó que los realizados por los hijos del pueblo eran muy superiores a los de los hijos de los nobles. Entonces, a la manera que las Escrituras relatan que obrará Dios en el juicio final, mandó que colocasen a su derecha a los que habían hecho bien el trabajo y les dijo: "Os felicito, hijos míos, habéis hecho cuanto podíais, os daré obispados y buenas abadías". Luego, dirigiéndose a los que había mandado ponerse a su izquierda, les dijo irritado y con voz de trueno: "Vosotros, los hijos de los principales personajes del reino, orgullosos de vuestro nacimiento, habéis descuidado el estudio para dedicaros al juego y a la holganza. Sabed que si no reparáis vuestra negligencia, no obtendréis jamás nada de mí."

FERRANDIS TORRES, M., *Historia General de la Cultura, vol.I*, Madrid, Artes Gráficas, 1964, pág.320-324.

Texto 7 (Tema 1)

Originalmente, los godos se habían forjado su reputación luchando en una serie interminable de guerras fronterizas contra los romanos y habían ganado la dudosa distinción de servir como esclavos en muchas casas romanas. Más tarde, los hunos invadieron sus tierras natales del mar Negro y, en 376, los romanos permitieron que una gran masa de refugiados godos (visigodos) cruzara el Danubio y entrase en el Imperio romano. Después de aplastar las menguadas legiones del emperador oriental Valente en Adrianópolis, los godos trataron de llegar a un acuerdo de paz con los romanos a cambio de una granja del Imperio que pudieran reivindicar como suya. Pero cuando, tras haber firmado varios tratados con los implacables emperadores romanos, siguieron sin patria, decidieron vengarse saqueando la gran capital imperial. Al final, terminaron instalándose en los territorios visigodos de Francia y España, así como en una considerable franja del norte de Italia de los ostrogodos. [...] En España y el sureste de Francia, los godos pronto se encontraron con problemas con los papas romanos, y los últimos reinos godos desaparecieron en el siglo VIII con la invasión musulmana de España.

STROSSER, E. y PRICE, M., *Breve historia de la incompetencia militar*, Barcelona, Ediciones B, 2009, pág.55 y 56.

Texto 8 (Tema 2)

Después de la revelación, Mahoma empezó a predicar en La Meca, proclamándose profeta o mensajero de Dios, actitud que fue interpretada por las poderosas familias de La Meca como un intento de asegurarse poder político en la ciudad. Además, los grupos dirigentes se manifestaron en contra de su proclamación de Alá (Allah) como el único Dios verdadero. Tirar por la borda a los viejos dioses y diosas adorados por sus antepasados era como declarados infieles.

La resistencia contra Mahoma creció. Tras la muerte de su tío y de su mujer, todo se puso cada vez más difícil para el profeta y sus partidarios en La Meca. Pero por otro lado, Mahoma ya había ganado más adeptos en Medina, dispuestos a recibirlo y a convertirlo en uno de los suyos. En el año 622 abandonó en secreto La Meca y unos días más tarde llegó a Medina, adonde ya se habían desplazado la mayor parte de sus seguidores.

La emigración de Mahoma se denomina en árabe hijrah (hégira o hégira), que significa ruptura, partida, y que después sirvió para marcar el año 622 como punto de partida de la cronología musulmana, es decir, como primer año de su era y de su calendario. Mahoma rompió su relación con la sociedad a la que realmente pertenecía, con su familia y con la ciudad. No se trataba de una huida, sino que se interpretó como un paralelismo con el Abraham de la Biblia, que por orden de Dios se marchó de su lugar natal, Ur, en Mesopotamia.

GAARDES, J., HELLERN, V. y NOTAKER, H., *El libro de las religiones*, Madrid, Siruela, 2009, pág.151 y 152.

Texto 9 (Tema 2)

La Sunna son las acciones y palabras del Profeta Muahmmad, además de aquellas cosas que sin el hacer permitió o prohibió. Todo esto está recogido en los ahadiz (transmisiones de sus acciones, palabras negaciones o aprobaciones).

La Sunna es el registro de todos los hechos, dichos y confirmaciones del Mensajero, además de ser la segunda fuente de legislación islámica y vida (el Corán es la primera). Todos los eruditos de ciencias religiosas, y a veces los de ciencias naturales, la usan para establecer los principios de sus disciplinas y para resolver dificultades. El Corán y las tradiciones proféticas auténticas ordenan a los musulmanes que sigan la Sunna.

El Corán y la Sunna son inseparables. La Sunna clarifica las ambigüedades que contiene el Corán, explayándose sobre lo mencionado de modo sucinto en éste; especificando lo no condicionado; generalizando lo específico; y particularizando lo general. Por ejemplo, cómo rezar, ayunar, dar limosna y hacer el peregrinaje está establecido y explicado en la Sunna. Igualmente, lo son los principios o leyes por las cuales no se puede heredar del Profeta, los asesinos no pueden heredar de sus víctimas, la carne de los burros domésticos y los animales salvajes no puede ser comida y el hombre no puede casarse con la prima de la esposa si ésta aún vive. Realmente, la Sunna es relevante respecto a todos los aspectos del Islam y los musulmanes han de vivir de acuerdo a la misma. Por ello, ha sido estudiada y transmitida de generación en generación casi con el mismo esmero que con el Corán.

El Mensajero ordenó a sus compañeros que obedeciesen categóricamente la Sunna. Habló claramente para que pudiesen comprender y memorizar sus palabras, y les instó a que transmitiesen su palabra a las futuras generaciones. A veces, incluso les pidió que escribiesen sus palabras, ya que *“Todo lo que digo es verdad”*. Los compañeros prestaban total atención a sus dichos y hechos y mostraban un gran deseo en amoldar sus vidas a la suya, incluso en los más pequeños detalles. Consideraban cada palabra y hecho suyo como un mandato divino al que se debían adherir y seguir del modo más fiel posible. Al considerar sus palabras como regalos divinos, las interiorizaron, las preservaron y las transmitieron.

GULEN, F., *¿Qué es la Sunna?*, 2013. Recuperado de <http://www.newmuslim.net/es/coran-y-sunna/que-es-la-sunna/>

Texto 10 (Tema 2)

La cultura Árabe asimiló distintas culturas, de los pueblos sometidos. Crearon de esta forma una cultura propia, síntesis de valores orientales (persas, indios, chinos) y clásicos-helenísticos (recogidos de Bizancio)

La cultura Árabe aportó a esa síntesis su propia mentalidad, impregnada por su religión y su lengua, que se convirtió en la expresión universal de su civilización, pues todos los países conquistados adoptaron el árabe.

Las obras más importantes de los pensadores orientales y griegos se tradujeron al árabe. Sobre esa base, los sabios musulmanes llevaron a cabo sus propias creaciones en escuelas y centros de estudio establecidos en las grandes ciudades como, por ejemplo, Bagdad, Damasco y Córdoba. Gracias a las traducciones de los árabes, los europeos volvieron a encontrarse con las viejas raíces de su civilización, pero también se beneficiaron con los nuevos aportes que traían los musulmanes.

Así ocurrió con el uso de la pólvora, el papel y la brújula, que habían aprendido de los chinos. Apasionados por la alquimia, los científicos musulmanes descubrieron el alcohol, la potasa y el ácido sulfúrico entre otros materiales más. Médicos como Rhazes y Avicena impulsaron notablemente esta ciencia. Lo mismo ocurrió con la geografía y la astronomía. Los árabes aportaron a la matemática el sistema de numeración basado en el cero, y el álgebra.

Esencial fue también, el desarrollo que los pensadores como Averroes dieron a la filosofía, y la difusión del pensamiento de Aristóteles, que fue el autor más leído por los árabes.

Por otro lado, su literatura fue brillante. Influidos por la India, cultivaron con entusiasmo la narración corta y los cuentos. Un excelente ejemplo de esto son los relatos de las “Las mil y una noches”, escritos en prosa y basados en historias y leyendas de origen persa o hindú.

Cultura Árabe, Islam. (s.f). Recuperado de <https://mihistoriauniversal.com/edad-media/cultura-arabe-islam/>

Texto 11 (Tema 2)

La abluciones rituales que todo musulmán debe hacer antes de cada una de las cinco oraciones cotidianas, así como la costumbre de lavarse las manos o hasta de enjuagarse la boca antes y después de cada comida, eran prácticas que en Al-Andalus databan de los más remotos tiempos. Las ropas y las fundas de los muebles eran asimismo con frecuencia lavadas o llevadas al quitamanchas.

En las casas corrientes, las gentes se lavaban valiéndose de un jarro y un recipiente; pero en las acomodadas podía haber verdaderas bañeras, que llevaban el nombre de abzan, o bien se empleaban con este fin antiguos sarcófagos de mármol a los que se daba como hoy el nombre de pila. Alguna casa «burguesa» tenía baños de vapor, pero este lujo quedaba reservado para los palacios de los magnates de la aristocracia. La clase media y la gente baja iban a los baños públicos o hammams.

El hammam, o baño moro, era muy frecuente en la España musulmana. No había ciudad, por poco importante que fuese, que no tuviera varios. En Córdoba, según los cronistas, había trescientos, o incluso seiscientos, a fines del siglo X. Su funcionamiento era el mismo que en el resto del Occidente musulmán. Solía ser propiedad del tesoro estatal, que se lo arrendaba a un empresario, el cual disponía de un personal de masajistas y mozos de baño vestidos con un simple paño, así como de un encargado del guardarropa que respondía de la custodia de las prendas de los bañistas, vendía a estos la piedra jabonosa con que se limpiaban el cabello, y les alquilaba toallas y salidas de baño. Por la tarde, cuando el hammam estaba prohibido para la clientela masculina, un personal femenino sustituía al de por la mañana y por la noche, y prestaba idénticos servicios a las bañistas.

La disposición del hammam era en todos sitios la misma. Por un vestíbulo se llegaba a una primera sala en que los bañistas se desnudaban, decorada a menudo con estatuas antiguas y provista de hileras de perchas. De ella se pasaba a la sala tibia, y de esta a la estufa, en cuyo centro se hallaba la caldera de fábrica, cuya agua se mantenía en ebullición mediante un horno dispuesto en el sótano y alimentado por haces de ramaje y palmito. Estaba esta estufa solada de mármol o piedra, y surcada de regueras para evacuar el agua. En sus muros había unos poyos de fábrica sobre los cuales los clientes se hacían dar masaje y jabonar por los mozos de baño, que llenaban en la pila cuantos cubos de agua hirviendo eran necesarios. La iluminación y la ventilación se hacían por una serie de ventanos practicables, colocados en alto, en torno de la cúpula que solía cubrir el caldario. Una rueda de cangilones sacaba de un pozo o de un aljibe el agua necesaria para mantener en la caldera el nivel apetecido.

La estancia en el baño, que se prolongaba varias horas, era un motivo de diversión, sobre todo para las mujeres, quienes, como en un salón, se reunían con sus amigas, merendaban incluso, y procuraban deslumbrar a las demás por la belleza y finura de su ropa blanca. Peinadoras –las mismas que emperifollaban a las novias el día de la boda– prestaban sus servicios a las bañistas; las depilaban, les ponían alheña, les daban pomadas, les ungían el pelo con perfumados aceites, sobre todo con el de galiya (en español, algalia, que era el más estimado), y les vendían toda clase de ungüentos para el cuidado de la piel y de saquitos de polvos aromáticos para los vestidos.

Texto 12 (Tema 2)

Desde su casa, situada en el fondo de una estrecha y silenciosa callejuela, un vecino de Córdoba, Sevilla, Granada, Ronda, Málaga o Almería, se encamina hacia el centro de la ciudad. Después de cruzar calles [...] llegaba a las inmediaciones de la mezquita mayor. Próximas estaban la alcaicería, algunas alhóndigas, los zocos más concurridos y las calles en las que artesanos y comerciantes se agrupaban por oficios o identidad de mercancías en venta.

Nuestro vecino había pasado de la tranquilidad y silencio de su calle, al apretujamiento y barullo de las céntricas, extremados los viernes, cuando era obligado para todo musulmán acudir a la plegaria a la mezquita mayor.

El reducido espacio que para la intensa circulación ofrecían las pequeñas plazas, rinconadas y calles del centro de la ciudad, quedaba aún más disminuido, durante gran parte de las horas del día, por los puestos provisionales instalados al aire libre, en plena calle, con mostradores portátiles y toldos o tinglados de suficiente altura para que no tropezase en ellos la cabeza de los jinetes. El almotacén que circulaba, jinete en su caballería, desde hora temprana recorriendo zocos y calles seguido de varios auxiliares, uno de los cuales llevaba una balanza para comprobar el peso del pan [...]

Perfumistas y drogueros preparaban sus productos a la vista del público. A pesar de ello acostumbraban a falsificarlos, para lo que entretenían su atención con el relato de entretenidas anécdotas, a pesar de la vigilancia del almotacén, perseguidor de todo tipo de fraudes y latrocinios comerciales, desde los primarios de menguar el peso de las mercancías vendidas, hasta los más ingeniosos y muy complicados de los perfumistas.

Una muchedumbre abigarrada y pintoresca circulaba por el centro de la ciudad: hispanomusulmanes, mozárabes, judíos, árabes de Oriente, beréberes, catalanes, cristianos del Norte, negros africanos, francos, genoveses, eslavos, cada cual con su vestimenta diferente y expresándose en distinta lengua.

Una vez resueltos sus asuntos en el centro urbano, nuestro vecino desandaba el camino, de vuelta a su hogar. Al traspasar la puerta de su casa, penetraba en un mundo de maravilloso silencio. Sentado entonces en el patio, en el terrado o en la algarfa, podía contemplar la vega verde.

TORRES, L., *Ciudades hispano-musulmanas*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1985.

Texto 13 (Tema 3)

En siglos posteriores, cuando este período de máxima descentralización fue contemplado retrospectivamente, se elaboró una complicada teoría para explicar cómo funcionaba. En el siglo XVIII, los teóricos políticos franceses hasta dieron un nombre al sistema: feudalismo. Esta voz provenía de una antigua palabra germánica que significaba «propiedad» y, como puede inferirse del nombre, el feudalismo representaba un sistema de propiedad de la tierra, donde esta propiedad territorial era prácticamente la única fuente de riqueza.

Se suponía, en teoría, que la tierra de un reino pertenecía al rey, que era su señor. Éste, a su vez, dividía las tierras en feudos (partes) y los entregaba al cuidado de los nobles principales, que eran sus vasallos.

Cada vasallo, luego, dividía su feudo entre la nobleza menor, que a su vez era su vasalla, y así sucesivamente. Cada vasallo tenía ciertas obligaciones para con su señor, como la de proporcionarle cierto número de hombres de armas, si se lo requería. También se suponía que cada vasallo abrigaba una lealtad absoluta hacia su señor; en ausencia de ésta, los feudos eran confiscados (si el señor tenía suficiente poder para adueñarse de ellos).

Este sistema feudal era sumamente práctico, en cierto sentido. Exigía un tipo concreto de lealtad, la lealtad a una persona específica, y no a una abstracción como el pueblo, la nación o aun la familia real.

En teoría, también, parecía implicar toda una jerarquía de niveles, sin confusiones, que se extendía desde el siervo, en lo más bajo de la escala, hasta el emperador, en su cima. Hasta ascendía más allá del emperador, hasta el Cielo, donde se veía a Dios gobernando feudalmente sobre apretados rangos y jerarquías de ángeles.

Pero, de hecho, el sistema feudal nunca funcionó como se suponía idealmente que debía hacerlo. Los vasallos luchaban unos contra otros y contra sus señores, en desafío de la teoría y enteramente de acuerdo con las leyes de «cada uno para sí mismo y todo para el más fuerte». Muchos vasallos tenían feudos en diferentes lugares, cada uno de un señor diferente. La confusa y variada red de feudos era tal que A podía ser el señor de B con respecto a un feudo y su vasallo en lo concerniente a otro.

ASIMOV, I., *La Alta Edad Media*, Madrid, Alianza Editorial, 1982, pág.205 y 206.

Texto 14 (Tema 3)

El orden eclesiástico no compone sino un solo cuerpo. En cambio la sociedad está dividida en tres órdenes. Aparte del ya citado, la ley reconoce otras dos condiciones: el noble y el siervo que no se rigen por la misma ley. Los nobles son los guerreros, los protectores de las iglesias. Defienden a todo el pueblo, a los grandes lo mismo que a los pequeños y al mismo tiempo se protegen a ellos mismos. La otra clase es la de los siervos Esta raza de desgraciados no pese nada sin sufrimiento. Provisiones y vestidos son suministradas a todos por ellos, pues los hombres libres no pueden valerse sin ellos. Así pues la ciudad de Dios que es tenida como una, en realidad es triple. Unos rezan, otros luchan y otros trabajan. Los tres órdenes viven juntos y no sufrían una separación. Los servicios de cada uno de éstos órdenes permite los trabajos de los otros dos. Y casa uno a su vez presta apoyo a los demás. Mientras esta ley ha estado en vigor el mundo ha estado en paz. Pero, ahora, las leyes se debilitan y toda paz desaparece. Cambian las costumbres de los hombres y cambia también la división de la sociedad.

ADALBERON DE LAON, *Carmen ad Robertum regem francorum (a.998)* en ARTOLA, M., *Textos fundamentales de la Historia*, Madrid, 1968, pág.70.

Texto 15 (Tema 3)

Existía una estructura de gobiernos locales que defendieron a los campesinos contra los invasores vikingos, húngaros y musulmanes. La formaban los condes, marqueses y duques, así como todos los guerreros que habían recibido feudos y mandos. Para ayudarles tenían a sus vasallos, a los que habían distribuido feudos o tierras tenidas "en fe". Este vasallo tenía, a su vez, otros vasallos: vasallos de vasallos (en latín vassi vassorum). De arriba abajo del sistema, al convocar cada señor a sus vasallos y acudir con ellos a la llamada de su soberano, formándose ejércitos que, al menos en teoría, reunían a todas las fuerzas vivas de la nación. En fin, todo era como si, en un ejército moderno, el Presidente de los Estados Unidos, por ejemplo, hiciera al general comandante del décimo ejército gobernador de Austria, cargo hereditario para su hijo, y como si este general dividiera la tierra entre los coroneles, que a su vez, repartieran sus dominios entre los capitanes, todo ello mientras los habitantes aceptaran este régimen por temor al desorden.

Poco a poco el propietario feudal obtiene en sus dominios o feudo derechos que, en otro tiempo, fueron los del Estado: derecho de hacer justicia, derecho de cobrar impuestos, derecho de recibir rentas. Pero este vasallo, a su vez, recibía esta tierra de un señor soberano, a quien debían su ayuda y su servicio. ¿Qué ayuda? Ante todo la ayuda en guerra. El vasallo debe servir en persona y a caballo. La guarnición del castillo debe reunirse a toque de tambor. El señor tiene derecho de alojamiento en casa de sus vasallos. En tiempos de paz, estos deben acudir a la corte señorial o real para las asambleas o curias, asistir, a su costa, a las fiestas dadas por su señor, prestarle apoyo pecuniario cuando su hijo se arma caballero o cuando su hija se casa, pagar su rescate, en fin, si lo hacen prisionero.

MAUROIS, A., *Obras completas II. Historia I*, Barcelona, Plaza y Janés, 1968, pág.49-53.

Texto 16 (Tema 3)

Un gran número de campesinos vive dentro de un señorío. Puede ser éste de carácter laico, con un noble al frente. O religioso, el señor puede ser el abad de un monasterio o un obispo. Estos señoríos religiosos tendrán la peculiaridad de su más fácil engrandecimiento, ya que los propios campesinos les cedían tierras para obtener favores divinos, tales como la salvación. De cualquier tipo que sea, el señor, propietario eminente de la tierra, ha de recibir de sus campesinos el pago por el usufructo de la misma. A cambio los protege. Por esto, en la primera época de su existencia, el señorío no fue visto por los campesinos como abuso, sino como algo que defendía su seguridad. Por esta seguridad los campesinos pagan rentas sobre la tierra, en un principio en especie, que luego evolucionaron hacia dinero, ya avanzada la Edad Media. También realizan corveas (pagos en horas de trabajo). [...]

Los señores pusieron todo su empeño, más que en las rentas de la tierra, en afianzar los ingresos que les llegaban como banalidades (pago por el uso de monopolios). Cuando las rentas de la tierra se quedaron anticuadas y los campesinos podían sentirse liberados, los derechos jurisdiccionales se reforzaron para agravar la situación; el campesinado debía prestar ciertos servicios defensivos (no hay que olvidar que en ciertas ocasiones era un soldado), hacer la vigilancia militar y reparar el castillo. Debía alimentar y alojar al señor en sus desplazamientos. Tenía que pagar portazgos y pontazgos: derechos sobre el tránsito de mercancías por determinados lugares. Si quería comercializar sus excedentes había de esperar a que el señor vendiera primero su cosecha antes de llevar sus productos al mercado. El campesino pagaba por usar los bosques y montes del señor. Éste tenía el monopolio de los hornos, los molinos, los lagares o la sal, y obtenía importantes ingresos por su uso. Por último el señor administraba justicia, por tanto, imponía las multas y los castigos, dando lugar a abusos de poder como los llamados “malos usos”, que atenzaban a los payeses catalanes.

Si añadimos a todo esto que el campesinado debe pagar el diezmo a la Iglesia (la décima parte de la cosecha), nos encontramos con que los excedentes que le quedan de su ya exigua producción son muy pequeños; prácticamente lo que la familia debe consumir, y, dado que más del 70 por 100 se va en pagos, es muy difícil mejorar el utillaje de labor. Nada más lógico ante esto que la rebelión.

[...] En Plena Edad Media, lo más interesantes son los movimientos que buscaban cartas de franquicia; eran documentos en los que constaban por escrito las obligaciones concretas de los campesinos de una comunidad, para evitar los excesos por parte del señor; en especial, en las cargas militares, judiciales o testamentarias, que pesaban sobre ellos. Este proceso de emancipación, que afecta a un número considerable de aldeas durante la Plena Edad Media, no es un movimiento organizado ni pretende destruir el régimen señorial, simplemente busca su regulación.

ARRANZ, A. y GRANDA, C., *La Edad Media*, Barcelona, Alhambra Editorial, 1989.

Texto 17 (Tema 4)

Los artesanos, sastres, zapateros, pañeros, panaderos, cerrajeros, pintores, carpinteros, canteros y constructores constituían asociaciones artesanales o federaciones llamadas gremios. Cada uno de ellos, por ejemplo el gremio de los sastres, era tan cerrado y tenía leyes casi tan rigurosas como el estamento de los caballeros. No todo el mundo podía alcanzar sin más ni más el grado de maestro sastre. Antes había que ser aprendiz durante un tiempo determinado; luego, se obtenía el grado de oficial y había que recorrer mundo para conocer ciudades y formas de trabajo ajenas. Estos oficiales itinerantes recorrían el país a pie y visitaban, a menudo durante años, muchas naciones hasta el momento de regresar a casa o encontrar una ciudad desconocida que necesitara, pongamos por caso, un maestro sastre, pues en las ciudades pequeñas no hacían falta muchos y el gremio procuraba con gran rigor que no accediera al grado de maestro más gente de la que podía hallar trabajo. El oficial debía demostrar allí lo que sabía, es decir, preparar una pieza maestra (un bello abrigo, por ejemplo), y, a continuación, se le nombraba solemnemente maestro y era recibido en el gremio.

GOMBRICH, E., *Breve historia del Mundo*, Barcelona, Península, 2007.

Texto 18 (Tema 4)

La publicidad es un arte de nuestros tiempos, o al menos eso nos gusta pensar. Pero lo cierto es que los anuncios, los reclamos, las letras pequeñas, las exageraciones y las técnicas para vender y prestigiar un producto son tan viejas como el propio comercio. En su antigua sabiduría, ladrones, mentirosos y mercaderes le rezaban al mismo dios, ya fuese el egipcio Thot, el griego Hermes o el latino Mercurio. Un poco de todo eso hay en esta imagen: un león, más concretamente un león alado que representa a san Marcos, uno de los cuatro evangelistas que todo el mundo veía en las paredes de la iglesia durante la misa dominical, por tanto un símbolo familiar para el posible consumidor. Está aquí porque este santo era el patrón de los zapateros barceloneses, pero también porque es el mismo león de san Marcos de la bandera de Venecia, en aquella época una de las principales potencias comerciales del orbe. Este león en concreto prestigiaba al gremio, le confería una imagen corporativa fuerte, le daba una marca registrada ciertamente competitiva. Y aprovechando el equívoco con la república serenísima, podía proyectarse más allá de sus fronteras.

Los gremios medievales fueron los primeros en regular aspectos del trabajo como la calidad del producto, la preparación técnica del artesano o la publicidad engañosa. En Barcelona, su importancia se tradujo rápido en el nomenclátor, donde muchas calles todavía recogen hoy denominaciones gremiales como Sombrerers (sombrereros), Abaixadors (mozos de cuerda), Argenters (plateros), Mirallers (fabricantes de espejos), o Tapineria (artesanos de un calzado femenino conocido como “tapines”).

THEROS, X. *Zapatos a medida*, 2013. Recuperado de <https://elpais.com/ccaa/2013/07/31/catalunya/1375301662>

Texto 19 (Tema 4)

La peste es esencialmente una enfermedad de roedores y se difunde de un roedor a otro por medio de las pulgas. Pero de tanto en tanto, cuando las pulgas difunden la enfermedad a roedores tales como las ratas domésticas, que viven muy cerca de los seres humanos, la enfermedad también se propaga entre los hombres. A veces afecta a los nódulos linfáticos, particularmente de la ingle y las axilas, hinchándolas hasta convertirlos en dolorosos “bubones”, de donde el nombre de “peste bubónica”. A veces son atacados los pulmones (peste neumónica) y esto es aún peor, pues entonces el contagio se produce de una persona a otra por el aire, sin la necesidad de la intervención de ratas ni pulgas.

En algún momento de la década de 1330, una nueva cepa del bacilo de la peste hizo su aparición en alguna parte de Asia central, cepa a la que los seres humanos eran particularmente vulnerables. [...] A veces se cogía una forma suave de la enfermedad, pero muy a menudo atacaba virulentamente hemorrágicas que se volvían oscuras, la enfermedad fue llamada la “peste negra”.

En un mundo que desconocía la higiene, la peste negra se propagó inconteniblemente. Se cree que mató a 25 millones de personas en Europa antes de desaparecer (más porque todas las personas vulnerables habían muerto que porque se hiciese algo para detenerla), y muchas más aún en África y Asia. Alrededor de un tercio de la población de Europa murió, y quizá más, y pasó siglo y medio antes de que la procreación natural restaurase la población europea al nivel que tenía por la época de la batalla de Crécy. [...]

Ciudades enteras quedaron despobladas; los primeros en morir quedaron insepultos, mientras los sobrevivientes iniciales huían, difundiendo la enfermedad allí adonde llegaban. Las granjas quedaron sin atender; los animales domésticos (que también murieron por millones) deambularon sin nadie que cuidase de ellos. Naciones enteras (Aragón, por ejemplo) quedaron tan afectadas que nunca se recuperaron realmente. [...]

El populacho aterrorizado tenía que entrar en acción, No sabiendo nada de la teoría de los gérmenes ni del peligro de las pulgas, incapaz de mantenerse limpio en una cultura más bien recelosa de la limpieza por considerarla mundana, no podía hacer nada útil. Pero podía hallar un chivo expiatorio, y para eso siempre estaban disponibles los judíos.

Surgió la teoría de que los judíos habían envenenado deliberadamente las fuentes para destruir a los cristianos. El hecho de que los judíos muriesen de la peste al igual que los cristianos no fue tenido en cuenta para nada, y se hizo con ellos una implacable matanza. Por supuesto, ello no contribuyó en nada a disminuir el flagelo.

ASIMOV, I., *La formación de Francia*, Madrid, Alianza Editorial, 1982, pág.163-166.

Texto 20 (Tema 4)

Entre los núcleos de resistencia se distinguió, por su importancia y por continuador de la antigua monarquía visigoda, el de Asturias. Aparece como primer jefe Pelayo, del cual no sabemos si era un noble visigodo sucesor de Don Rodrigo o un caudillo popular. Lo cierto es que logró la primera victoria de importancia en la abrupta región de Covadonga, punto de partida del naciente Reino de Asturias. Alfonso I engrandeció el reducido espacio inicial, extendiéndose por la faja litoral comprendida entre los montes cantábricos y el mar. Los musulmanes, que nunca se habían asentado sólidamente en la Meseta Superior, retrocedieron su línea de resistencia hacia el Tajo, quedando de esta manera entre los territorios dominados efectivamente por Alfonso I (Santander, Asturias y norte de Galicia) y los dominados por los musulmanes, una amplia faja de “tierra de nadie”, campo de acción de las algaradas de moros y cristianos.

PERICOT, L., CASTILLO, A. y VICENS, J., *Polis. Historia Universal*, Barcelona, Editorial Vicens-Vives, 1968, p. 178.

Texto 21 (Tema 4)

La batalla de las Navas de Tolosa constituyó la lid campal más importante de toda la Reconquista. Y, también, el acontecimiento crucial del medioevo hispano, porque el triunfo de las huestes cristianas, el 16 de julio del año 1212, cambió el signo de la contienda iniciada en Covadonga, aunque aún se prolongaría casi tres siglos hasta la toma de Granada por los Reyes Católicos, en 1492.

Y fue, además, una auténtica cruzada y como tal, una empresa colectiva que unió a naciones y reinos, por encima de sus divisiones y luchas feudales. A principios de 1210, el papa Inocencio III ordenó al arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada que presionara al Rey de Castilla para que reanudase la lucha contra el Islam, de la misma forma que se proponía hacerlo Pedro II, rey de Aragón.

En esta batalla, se enfrentaron las tropas de Castilla, de Aragón y de Navarra, al potente ejército musulmán, compuesto por tropas almohades, beréberes e hispano-musulmanes de al-Andalus, además de un cuerpo de arqueros kurdos, enviados por el califato de Bagdad al monarca almohade.

Para entonces, la situación en la Península Ibérica era la siguiente: el Norte, hasta la línea del Tajo, se dividía en cuatro reinos cristianos: León, Castilla, Navarra y Aragón-Cataluña. El Sur y Levante formaban parte del extenso Imperio Almohade, que no sólo comprendía el Andalus, sino también Marruecos, Mauritania, Túnez y Argel. La actual Castilla-La Mancha era en buena parte una extensa frontera, prácticamente despoblada y jalonada por una serie de castillos defensivos, a la sazón en poder de los musulmanes.

VARA, C., *Las Navas de Tolosa, batalla crucial*, (s.f.). Recuperado de www.elmundo.es/ladh/numero65/navas

Texto 22 (Tema 4)

El mayor de los hijos engendrados por la amante de Alfonso XI, doña Leonor de Guzmán, era Enrique de Trastámara. Apoyado por una facción nobiliaria que quería sacar pesca del río revuelto, el bastardo disputó el trono a su hermanastro Pedro I, e inmediatamente la volátil Castilla se escindió en una guerra civil, otra. En cierto modo, y reduciendo las cosas a sus debidas proporciones, esta guerra puede considerarse un episodio de la guerra de los Cien Años que disputaban Francia e Inglaterra.

En un principio, Pedro, con ayuda de las tropas inglesas del Príncipe Negro, logró derrotar a Enrique, que a su vez contaba con el auxilio de los franceses, pero al final el bastardo ganó la partida y asesinó a Pedro en una emboscada que le preparó en su tienda, frente al castillo de Montiel. El escéptico lector hará bien en no conceder demasiado crédito a la versión que sostiene que los dos hermanos se enzarzaron en agria disputa y que cuando rodaron por el suelo, daga en mano, Pedro encima de su enemigo en posición aventajada, Beltrán Duguesclín, el jefe de los mercenarios franceses que apoyaban a Enrique, lo sostuvo para que el otro lo apuñalara mientras se justificaba ante la historia diciendo: "Ni quito ni pongo rey: sólo ayudo a mi señor"

El bastardo usurpador, ya instalado en el trono, sobornó a la nobleza con dádivas y privilegios, por eso lo llamaron «el de las Mercedes». A los Trastámara de la dinastía que él inaugura nunca se les desprendió el tufillo de usurpadores. Por eso, psicológicamente, compensaban su ilegitimidad alardeando de escudo de armas o logotipo, pues pusieron de moda la heráldica decorativa. Un hijo y sucesor de Enrique el de las Mercedes, Juan I, reclamó Portugal por derecho de boda y fue derrotado por los portugueses en Aljubarrota, la batalla por excelencia de la historia lusa y símbolo de su independencia frente a España.

ESLAVA, J., *Historia de España contada para escépticos*, Barcelona, Editorial Planeta, 2002.

Texto 23 (Tema 4)

- Los nobles no aportarán recursos porque no pueden conseguir nuevos territorios a costa de los infieles y sostienen sus dominios y mesnadas con dificultad -se lamentaba el rey Alfonso IX-. La Iglesia tampoco puede porque tiene que salvar las almas ¿Decidme a quién puede acudir el rey de León para sostener en pie un Reino acosado por todas partes? -preguntó-.

- Acudid a las ciudades, que son las que más se benefician y menos pechan. Las hay muy prósperas en vuestros reinos al abrigo de fueros muy generosos -contestó el arzobispo de Compostela-. [...]

- Creo que para conseguir ese difícil propósito deberíais reunir a las Cortes. Invitad a ellas a los representantes de las ciudades -le aconsejó don Pedro-. En todas prospera la artesanía y florece el comercio. Prueba de ello es que en todas están construyendo o renovando sus catedrales. Si sus habitantes pecharan para el rey, arreglarían su penuria. Haced que vengan desde los concejos de Oviedo, León, Zamora, Salamanca, Astorga, Ciudad Rodrigo, Toro, Benavente, Ledesma y otras ciudades y villas menores. [...]

- Lo primero que tenéis que hacer es escuchar sus quejas y peticiones -insistió el arzobispo- A cambio de las que podáis satisfacer buenamente y sin ningún coste, pedidles los dineros que preciséis para vuestras arcas. Ellos sabrán donde encontrarlos. Además tenéis a los judíos que cobran mucho y pagan poco. [...]

Acuciado por la necesidad, el rey se avino a tomar ese camino, pues en las que estaba no le quedaba otro. La Curia Regia comenzó con un solemne tedeum en la basílica de San Isidoro de León. Era la primera vez en la historia de los reinos cristianos en que los representantes de las ciudades eran invitados a una Curia Regia.

PERIDIS, J.M., *La maldición de la reina Leonor*, Barcelona, Espasa, 2016.

Texto 24 (Tema 4)

En la Corona de Aragón las tres Cortes se reunían a veces en la misma ciudad (en Cortes Generales), aunque en sesiones separadas; pero era más frecuente que se reunieran por separado en cada uno de los reinos. La limitación por la Cortes del poder de los reyes para elaborar leyes en el Reino de Aragón estaba simbolizada en un famoso juramento que se dice que hicieron las Cortes de Zaragoza al jurar fidelidad al rey en el siglo XVI: "Nos, que valemus tanto como vos y juntos podemos más que vos, os hacemos nuestro Rey y Señor, con tal de que guardáis nuestros fueros y libertades; y si no, no."

Aunque es probable que nunca se hiciera en estos términos tan duros refleja con claridad la relación pactista entre el gobernante y los gobernados. En 1283 la Corona aceptó, tanto en el Reino de Aragón como en el Principado de Cataluña, que todas las leyes futuras tuvieran que contar con la aprobación de las Cortes. Los reinos de la Corona de Aragón formaban una monarquía pactista y limitada en la cual el rey, al ascender al trono, juraba mantener las leyes de cada uno de ellos (fueros), y no podía legislar (hacer leyes) sin el consentimiento de sus Cortes.

En cada uno de los reinos de la Corona de Aragón existía una comisión permanente de las Cortes, llamada Diputación que supervisaba las leyes y la administración general cuando las Cortes no estaban reunidas: la Diputación catalana, también llamada Generalitat, adquirió especial importancia en el gobierno de Cataluña. Así, tanto por la capacidad del rey para recaudar impuestos como para reclutar soldados y legislar (hacer leyes) estaba severamente restringida en los reinos de la Corona de Aragón.

KAMEN, H., *Una sociedad conflictiva*, Madrid, Alianza Editorial, 1995.

Texto 25 (Tema 5)

Versión cristiana de la conquista de Jerusalén.

“Maravillosos espectáculos alegraban nuestra vida. Algunos de nosotros, los más piadosos cortaron las cabezas de los musulmanes; otros los hicieron blancos de sus flechas; otros fueron más lejos y los arrastraron a las hogueras. En las calles y plazas de Jerusalén no se veían más que montones de cabezas, manos y pies. Se derramó tanta sangre en la mezquita edificada sobre el templo de Salomón, que los cadáveres flotaban en ella y en muchos lugares la sangre nos llegaba hasta la rodilla. Cuando no hubo más musulmanes que matar, los jefes del ejército se dirigieron en procesión a la Iglesia del Santo Sepulcro para la ceremonia de acción de gracias.”

AGUILERS, R. *Historia Francorum qui ceperunt Iherusalem* (s.f.). Recuperado de http://es.wikipedia.org/wiki/Sitio_de_Jerusal%C3%A9n_%281099%29#cite_note-1

Versión musulmana de la conquista de Jerusalén.

“En efecto, el viernes 22 de shabán del año 492 de la hégira, el 15 de julio de 1099, los frany (cruzados, francos) se han apoderado de la ciudad santa tras un asedio de cuarenta días. Los exiliados aún tiemblan cada vez que lo refieren, y la mirada se les queda fija, como si todavía tuvieran ante la vista a esos guerreros rubios cubiertos de armaduras que se dispersan por las calles, con las espadas desenvainadas, degollando a hombres mujeres y niños, pillando las casas y saqueando las mezquitas.

Cuando, dos días después, cesó la matanza, ya no quedaba ni un solo musulmán dentro de las murallas. Algunos aprovecharon la confusión para escabullirse a través de las puertas, que los asaltantes habían echado abajo. Los demás yacían a miles en medio de charcos de sangre en el umbral de sus casas o en las proximidades de las mezquitas. Había entre ellos gran número de imanes, de ulemas y de ascetas sufíes que habían abandonado sus países para ir a vivir un piadoso retiro en esos lugares santos. A los últimos supervivientes los obligaron a llevar a cabo la peor de las tareas: llevar a costas los cadáveres de los suyos, amontonarlos sin sepultar en terrenos baldíos y quemarlos a continuación antes de que los mataran a ellos también o los vendieran como esclavos.

La suerte que corrieron los judíos de Jerusalén fue igual de atroz. En las primeras horas de la batalla, muchos de ellos participaron en la defensa de su barrio, la judería, situado al norte de la ciudad. Pero cuando se desplomó el lienzo de muralla que dominaba sus casas y los caballeros rubios empezaron a invadir las calles, los judíos enloquecieron. La comunidad entera, repitiendo un gesto ancestral, se reunió en la principal sinagoga para orar. Los frany bloquearon las salidas y, a continuación, apilando haces de leña todo alrededor, le prendieron fuego. A los que intentaban salir los mataban en las callejas próximas. Los demás se quemaban vivos.”

MAALOUF, A., *Las cruzadas vistas por los árabes*, Madrid, Alianza Editorial, 2003.

Texto 26 (Tema 5)

El monasterio es una escuela de santidad y no de literatura y de filosofía. La vida del monje quiere estar al margen del mundo, en la penitencia, consagrada a Dios, dedicada a la adquisición de las virtudes y a la perfección espiritual. Antes de elegir esta vía, el monje ha renunciado a sus bienes, al matrimonio, a cualquier deseo de hacer carrera en la sociedad y, al parecer, a la cultura profana que no debería tener sitio en un monasterio. El monje vive bajo la autoridad de un abad, conforme a una regla, tomando ejemplo de sus predecesores para evitar las faltas y los errores, para no perderse en ilusiones y para llegar rápidamente a la perfección espiritual.

Ciertamente, para leer la Biblia, para asimilar las doctrinas espirituales y para sacar partido de los ejemplos de sus predecesores nunca viene mal una cultura general. Por eso, aparece muy pronto una literatura propiamente monástica. Al comienzo transmite las costumbres y las reglas, base de un tipo de vida; desarrolla después los temas espirituales propios, pues todo lo que puede haber de cultura está sujeto al engrandecimiento de la vida religiosa. Tiene un auditorio definido y un fin muy concreto. La diversión literaria o la perfección en la expresión no constituyen, en principio, su preocupación, pues esta es otra concepción de la vida intelectual.

Las reglas monásticas tienen al comienzo un aspecto práctico. Organizan la vida cotidiana fijando los horarios y las actividades. No tienen importancia para la vida intelectual más que por el lugar que reservan a la meditación, a la lectura y a las instrucciones del abad. En la Regla de san Benito parecen tener prelación el trabajo en el campo o en el taller, la organización en la vida de la comunidad y la piedad. Esta orientación se explica porque se trata de obtener frutos de santidad y no espíritus refinados. Pero, desde el primer cuarto del siglo VI, se observa un progresivo alejamiento del ideal monástico más antiguo que daba más importancia al otium, ese descanso para el estudio proveniente de la filosofía. La actividad espiritual e intelectual típica es la lectio divina. Es una lectura, repleta de meditaciones, hecha para alimentar la vida espiritual y no para acrecentar la erudición ni enriquecer la cultura. Dado que es una actividad cotidiana, solo tiene como finalidad saborear mejor el misterio cristiano y la grandeza de Dios. También la Regla de san Benito prevé, durante la Cuaresma, la lectura de una obra, entera y por orden. La obligación es firme y las negligencias se castigan. Hay que ver en esta prescripción un intento de cultura religiosa, por modesto que sea, y ello está en el origen de esta literatura monástica, hecha de comentarios de libros de la Biblia.

PAUL, J. Historia intelectual del Occidente medieval, Madrid, Cátedra, 2003, p.622.

Texto 27 (Tema 5)

La Baja Edad Media fascina a mucha gente por su arte, del que se conserva una enorme cantidad de muestras. Como todo arte, el arte medieval fue la expresión de la mentalidad de aquella época.

Sin embargo, la sociedad medieval sufrió muchos cambios entre el siglo XI y el siglo XIII. Estos cambios se manifestaron en el arte, originando dos estilos diferentes: el románico y el gótico. [...] Aunque distintos, tanto el románico como el gótico fueron artes cristianas y su misión fue educar a los fieles. Sus artistas fueron, en gran parte, anónimos, pues en aquella época nadie firmaba sus obras. [...]

A partir del año 1000, debido al enorme aumento de los bienes eclesiásticos los campos europeos se llenaron de iglesias y monasterios. Estos edificios se construyeron con un nuevo estilo, el románico, que es considerado el primer gran arte europeo. El estilo románico fue ideado por los monjes de Cluny para propagar el cristianismo. El románico fue un arte monástico. [...]

Las construcciones románicas son edificios imponentes que reflejan el poder de la Iglesia. Se las ha llamado fortalezas de Dios, pues son grandes, firmes y macizas como los castillos de aquella época. [...]

El estilo gótico se originó en Francia. Las primeras construcciones góticas se realizaron en París y en las regiones cercanas durante el siglo XII. En el transcurso del siglo siguiente, el gótico se difundió por toda Europa Occidental.

El gótico fue producto del renacimiento urbano y comercial de la Edad Media: con el comercio y en las ciudades el gusto se refinó. Los burgueses ya no se conformaron con el románico, simple y tosco, y quisieron que el arte fuese un verdadero objeto de valor.

Entonces, los burgueses financiaron un nuevo estilo de construcciones en las ciudades. De esta manera nació el gótico, que volvió a crear obras artísticas verdaderamente bellas. El gótico fue por lo tanto, un estilo urbano y burgués. [...]

Arte Medieval. (s.f.). Recuperado de <https://mihistoriauniversal.com/edad-media/arte-medieval/>